

a partir de la muerte de Stalin y sobre todo del famoso *Discurso* de Krushov del Congreso del partido, el XX, de 1956. Una disidencia que podríase conformar a una especie de oposición política, con insurrecciones marineras que recuerdan los lejanos hechos, de tan diverso signo, como el del acorazado «Potemkin» y el de la sublevación de los marineros de Cronstadt ¹⁶, rebeliones en los campos de prisioneros o «Gulags», en minas y ciudades reducidas al hambre. Disidencia ésta que encuentra modos de represión como en los más ilustrados tiempos de Stalin. Y una disidencia cultural, que es tema de este estudio, y que posee una documentación amplia y esclarecedora. Los documentos de primera mano en esta materia, cuyos autores son en gran parte protagonistas de la disidencia y la lucha por los derechos humanos en Rusia, todos ellos textos publicados o en la clandestinidad o fuera de Rusia. Textos que firman Siniavsky ¹⁷, Bukovsky ¹⁸, Sajarov, Zinoviev ¹⁹, Voslensky ²⁰, entre otros, y que son más que suficientes para darnos una idea exacta de este singular proceso con características propias que no se repiten en su forma esencial en ningún otro país de pragmática e ideología comunista. Ellos ofrecen un amplio relato cronológico y crítico con certero análisis ontológico del fenómeno de la disidencia cultural como acción en la lucha por la libertad del espíritu y como lucha complementaria por los derechos humanos en este período. Naturalmente, con estas especiales características, no es posible deslindar del todo la disidencia o la oposición política de la disidencia cultural, pero conviene señalar de inmediato que mientras en las cabezas de la primera la ruptura con la ideología comunista no es radical, en el segundo caso sí lo es. La disidencia cultural rusa rompe con la ideología política reinante en Rusia, la combate con vigor en sus manifestaciones en Occidente y ante la moral social e individual de Occidente nutre también un rechazo que recuerda a un Dostoievsky en su actitud ante un Occidente espiritualmente laxo y «decadente». Actitud esta última que no le impide a Bukovsky, que desde Rusia y ante la infelicidad del hombre en aquel país, evoque una página del Marqués de Custine, el cual descubría a Rusia al mismo tiempo que Alexis de Tocqueville descubría a Norteamérica. Los dos actualísimos hoy cuando la suerte del mundo depende de la manera de ser y del enfrentamiento de los dos imperios entonces en gestación. Escribe Custine, recordado ahora por los disidentes, lo siguiente: «Uno tiene que haber vivido en esta soledad sin reposo, en esta cárcel sin distracciones, que se llama Rusia, para darse cuenta de toda la libertad asequible a cualquier persona en los países de Europa, independientemente de las formas del gobierno adoptadas en estos países. Si su hijo no está contento en Francia, escuche mi consejo y dígame: «ve a Rusia.» Tal viaje tendrá un efecto gratificante sobre cualquier extranjero que realmente ha visto Rusia, será feliz en cualquier otra parte.

¹⁶ Cfr. FERNANDO CLAUDÍN: *La oposición en el «socialismo real»*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981, cap. «Nacimiento de una nueva oposición».

¹⁷ SINIAVSKY: *Loc. cit.*

¹⁸ VLADIMIR BUKOVSKY: *Ese dolor lacerante de la libertad*, Ed. Noguer, Barcelona, 1982, págs. 225; VLADIMIR BUKOVSKY: *Una nueva enfermedad mental en la URSS: la Oposición*, Lasser Press Inc., México, 1972, pág. 214.

¹⁹ ALEXANDER ZINOVIEV: *Radiante porvenir*, Ed. Ruedo Ibérico, Barcelona, 1980, pág. 278.

²⁰ MICHAEL VOSLENSKY: *La Nomenklatura*, Ed. Argos Vergara 1981, pág. 397.

Siempre resulta útil saber que existe una sociedad donde la felicidad es imposible, ya que en virtud de su propia naturaleza el hombre no puede ser feliz si no es libre».

Desde 1934 hasta hoy, muchas cosas han cambiado también en Rusia, sin que la búsqueda de la felicidad haya encontrado satisfacciones en los dominios de la libertad de expresión. Hubo «deshielo» de acuerdo con el canto al día de Ehrenburg. Escándalos Pasternak o Solshenitsin, lucha por procesos públicos Siniavsky-Daniel. Profecía de Amalrik sobre una Rusia deshecha en este año que muere 1984, que todos se complacen, con cierta desmesura —es *nuestra* cara de la libertad— en llamarle el «año Orwell». La lucha entre el poder y la rebelión de los escritores ha adquirido aspectos nuevos y más sutiles. Las revueltas populares en Hungría, Checoslovaquia y Polonia han tenido sus ecos entre los intelectuales rusos, a pesar de que se tratara de fenómenos esencialmente distintos: explosión de la lucha de liberación nacional de los pueblos ante una nueva, férrea, dominación imperialista que emplea el comunismo sólo como instrumento o arma. Bukovsky hace un relato de los acontecimientos de septiembre de 1966, con ocasión del proceso Siniavsky-Daniel acusados de publicar fuera de Rusia con pseudónimos (Terz y Arjac) textos antisoviéticos. Se producen en la plaza Puchkin las primeras manifestaciones colectivas desde la manifestación trotskista de 1927, origen del goce de Curzio Malaparte ante la inocencia de Trotsky en su lucha con el frío y férreo Stalin. En 1966 se pide, por primera vez en cuarenta años, en toda Rusia, respeto a la legalidad en los procesos. El 5 de diciembre de 1966 las manifestaciones piden «Juicio abierto para Siniavsky y Daniel», «Respeto a la Constitución», «Libertad para Bukovsky y demás organizaciones de la manifestación». En el pedestal de la estatua de Puchkin, Galantsov sólo puede pronunciar estas palabras, que pueden convertirse en símbolo de la disidencia cultural rusa y sus cortas posibilidades de acción concreta: «Ciudadanos de la Rusia libre, acercaos» (ver resumen en Claudín, *loc. cit.*, págs. 42-43). La reacción de la policía no se hace esperar y los procesos continúan. Contra Ginsburg-Galantsov, contra Pavel Litvinov y Larisa Bogoraz. Centenares de intelectuales y escritores y hombres de ciencia firman masivamente protestas. Aparecen escritos periódicos de protesta con títulos de bella y romántica resonancia: «Crónica de los acontecimientos cotidianos» que durante años informa la opinión desde su clandestinidad.

Naturalmente el panorama y los objetivos de la lucha no son tan claros ni tan concretos como puedan aparecer de un relato cronológico y formal de las etapas de lucha, desde 1965 hasta hoy, es decir, durante los últimos veinte años de constante acción que implica procesos, interrogatorios, torturas, nuevos «Gulags», cárceles y muertes. He aquí cómo presenta Alexander Zinoviev la *distribución de fuerzas* en el campo de la «disidencia»: «La estructura sociopolítica de nuestra sociedad no es tan simple como parece a primera vista. Se acostumbra a pensar, por ejemplo, que si una persona se ocupa de materialismo histórico o (más aún) de comunismo científico, es *a priori* un conservador, y hasta un oscurantista. Pero no es así, ni mucho menos. Oscurantistas los hay también entre los matemáticos y los físicos en no menor medida que entre los filósofos. Y hasta entre los músicos los hay. Pedidles, por ejemplo, a Kolgomorov y a Chostakovitch que firmen cualquier carta abierta donde se insulte a Solshenitsin y a Sajarov y veréis cómo firman tan campantes. En cambio yo conozco

a filósofos que se negarían a hacerlo rotundamente, aun sabiendo de antemano que les esperaba un castigo. Incluso los físicos, cuando se trata de nombrar a gente «decente» entre los grandes nombres famosos, sólo se nombrarán a dos o tres, nada más. Casi todos te nombrarán a Kapitsa. Y total, ¿qué hizo? Evitó tener que rebajarse a hacer perrerías. Eso es todo. Claro que en nuestras circunstancias esto es mucho ya. Pero esta clase de fenómenos enturbian o borran las líneas divisorias del cuadro político de nuestra sociedad»²¹.

VIII

Aquí se inserta dentro del ambiente de la disidencia, el peso social de la *nomenclatura* cultural. Para Zinoviev, un científico como Kapitsa forma parte de esta *nomenclatura*, sin pretender tener peso político alguno. Peso social desde la perspectiva de la *nomenclatura*, tuvieron en su tiempo Pavlov, Gorki, Fadeiev, Sojolov, Fedin, Ehrenburg. Más tarde Sajarov o Grigorenko, ante cuyas acciones en defensa de los derechos humanos el sistema político y represivo tuvo muchos miramientos antes de la acción inevitable. Salir de la *nomenclatura* cultural, significa en primer lugar, renunciar a privilegios sin fin (la riqueza de un Ehrenburg fue célebre) y poner sobre todo en entredicho un peso social de no despreciable alcance. Un académico en Moscú goza de privilegios que un académico de Francia jamás podría soñar. Pero a un precio que un verdadero hombre libre jamás estaría dispuesto a pagar. Por ello, en el análisis de Zinoviev la acción de los trabajadores en huelga apenas cuenta en la vida social y política en Rusia. «En cambio, un hombre como Kapitsa no desplegó jamás la menor actividad política, pero cuenta socialmente. El individuo que cuenta socialmente, por el hecho mismo de su existencia y presencia y de sus actividades ordinarias, o de sus actos ejecutados con regularidad y de cierta naturaleza, ejerce su influencia sobre la situación general del país en el aspecto socio-político». Hay en este sentido un juego sutil de la acción de insertos y no insertos en la actividad social, que se refleja en los procesos políticos, en los estados de opinión y en las acciones de la disidencia en el campo de una cultura que a su vez no se quiere insertada en la política y sus fines específicos. Para Zinoviev este juego dialéctico, integración o no integración en el sistema sociopolítico reinante y en evolución en Rusia, ofrece el telón de fondo del proceso de la disidencia. Es indudable que los coqueteos «liberales» unidos a los intereses conservadores de prohombres como Krushov o Breznev o Andropov o Chernenko, han ofrecido el marco de la disidencia y su acción. Los niveles de rechazo de los disidentes dentro de la sociedad soviética son distintos. A Solshenitsin más que el poder en sí lo rechazaron sus colegas mediocres, que son legión, que más que a su rebeldía se oponían a su talento. Y en función de su rebeldía lucharon contra los frutos de su talento y su prestigio. «La caterva inmensa de escritores soviéticos negados como tales lo echó de sus propios medios para que no les perturbara su forma de vivir protegida, ni amenazase sus criterios artísticos y sus juicios de valor aceptados.»

²¹ Cfr. ZINOVIEV: *Op. cit.*, págs. 194-195.